

los hombres, es entrar en la sinagoga de Nazareth: allí se levanta para explicar los libros santos. Se pone en sus manos á Isafas; lo abre y le sale este pasaje: "El Espíritu del Señor sobre mí: por lo que me ha ungido, para dar buenas nuevas á los pobres me ha enviado, para sanar á los contritos de corazón, para anunciar á los cautivos redención y á los ciegos vista, para poner en libertad á los quebrantados, para publicar el año favorable del Señor y el día del galardón." (1) Y cuando hubo cerrado el libro, añadió: *Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestras orejas.* Se ha cumplido; puesto que el profeta habla de milagros del orden moral, y vais á ver cómo en mí y por mí se obran todos estos milagros.

Hallar inmediatamente este pasaje de Isafas y dar su exacto sentido ¿no es el triunfo del don de inteligencia?

He aquí el don de consejo. Corociendo la incredulidad de sus oyentes, les hace entender que esos milagros no son para ellos. En verdad os digo, que muchas viudas habia en Israel en tiempo de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses, cuando hubo una grande hambre por toda la tierra: más á ninguna de ellas fué enviado Elías, sino á una mujer viuda en Sarepta de Sidonia. Y muchos leprosos habia en Israel en tiempo de Eliseo profeta; más ninguno de ellos fué limpiado, sino Naamán de Syria." (2)

Conocimiento claro y revelacion precisa de los decretos eternos acerca de los Judíos y de los gentiles, todo se encuentra en estas palabras que en boca de Jesus quieren decir: Judíos, con vuestro orgullo cerrareis sobre vuestras cabezas el cielo de la misericordia; toda la lluvia de gracias, caida sobre vosotros por el ministerio de Moisés y los profe-

1. *Luc. iv, 17-19.*

2. *Luc. iv, 25-27.*

tas, tomará su direccion hácia los gentiles; y vuestra lepra, de que no querreis sanar, será la curacion de la lepra de las naciones á quienes purificará y curará el Espíritu de los siete dones.

¿Puede brillar más claramente el don de *Consejo*?

No es más difícil encontrar el don de *Fortaleza*. Los Judíos, irritados con la prueba que acababa de darles del don de consejo, se apoderan del Verbo encarnado y lo conducen á la cima de la montaña sobre la cual estaba edificada su ciudad, á fin de precipitarlo desde lo alto, pero se les escapó de entre las manos y se alejó tranquilamente. Esto no era más que el preludio de los actos más brillantes del don de fortaleza.

Echar al fuerte armado de su ciudadela, romper las ligaduras de la muerte, resucitarse á sí mismo á la gloria, ¿qué es todo esto sino el *don de Fortaleza*, llevado á su más alto grado?

Cada uno de los pasos del Salvador en su vida pública está marcado por el don de *Ciencia*. ¿Qué digo? Se le ve resplandecer como rayo de luz divina en la oscuridad de su vida oculta. ¿Podríamos olvidar el asombro que produjeron en los ancianos doctores de la ley las cuestiones y respuestas de ese niño de doce años? Pero así como el sol brilla más, á medida que se eleva sobre el horizonte, del mismo modo, á medida que Jesus avanza en edad, se ve brillar en él el don de ciencia con nuevo resplandor. Sube á Jerusalem para la fiesta de los Tabernáculos. Enseña su doctrina ante la multitud reunida en el Templo. La admiracion estalla por todas las partes y se expresa de este modo: ¿Cómo sabe éste las Escrituras sin haberlas aprendido?

¿Puede proclamarse mejor el *don de Ciencia*?

El Verbo redentor, continuando en bajar las gradas de la

misteriosa escala, llega el don de *Piedad*. Nadie ignora lo que revelan las encantadoras parábolas del buen Samaritano; del padre de familias que convida á su festin á los pobres, á los enfermos, á los ciegos y á los cojos; las de la dracma y de las ovejas perdidas.

Más la parábola del hijo pródigo, ¿no es la obra perfecta é inimitable del don de *Piedad*?

Llegamos por fin al don de *Temor*. Este don, como quiere que señala al género humano el primer paso que debe dar, para elevarse hasta Dios, aparece el último y en los últimos momentos del divino Maestro. Es como la huella todavía caliente en la cual debe comenzar el hombre por sentar su pié.

Esta huella inefable queda impresa en el huerto de las Olivas. ¿No veis al Fuerte de Israel, acometido repentinamente de temor, de congoja y de tristeza, cayendo de rodillas y diciendo: Padre, que se aleje, si es posible, de mis labios este cáliz? ¿No lo veis en los escalofríos de la agonía cubierto de un sudor de sangre, y reducido para no sucumbir á aceptar los auxilios de un ángel consolador?

Añadid al temor mortal la sumision más completa y más respetuosa á las órdenes paternas, y decid si el don de *Temor* se ha manifestado jamás con semejante perfeccion. (1)

2.º Orientarnos en el ejercicio, ó en la practica de los dones del Espíritu Santo. Conocemos los escalones por los que el Verbo divino ha descendido desde la cúspide de las colinas eternas hasta el fondo de este valle de lágrimas. ¿Cuáles son los que debemos subir nosotros, para verificar el movimiento contrario? Saber esto encierra para nosotros un interés capital. El Verbo ha salvado al hombre y creado un mundo nuevo por los dones del Espíritu Santo. (2)

1. Véase *Quert. De Spir. Sanct.* lib. 1, c. XXI.

2. *Luc.* IV, 17; *Hebr.*, IX, 14

Por estos mismos dones y únicamente por ellos es como el cristiano, pequeño mundo é imagen del Verbo, puede y debe salvarse y hacer de sí mismo un mundo nuevo. En su mano tiene los medios de un buen éxito. ¿Cómo ponerlos por obra? Ante sus ojos está la escala que tiene que subir. Seria una locura tener la pretension de elevarse del primer salto al último escalon. Es necesario comenzar por poner el pié en el más bajo. Hemos visto que el último escalon es el temor. En él nos aguarda el Salvador para tendernos la mano. El mismo Espíritu que lo hizo descender hasta él, comienza por elevarnos á nosotros hasta el mismo punto. Tal es su primera operacion.

Oigamos á San Bernardo: "Con razon, dice, es llamado el temor de Dios, principio de la sabiduría. En efecto, Dios comienza por darse á gustar al alma, cuando le enseña á temer y no á saber; porque temer es gustar: *Timor sapor est*. Pues bien, el gusto nos hace cuerdos, como la ciencia nos hace sábios. ¿Temeis la justicia y el poder de Dios? pues ya gustais lo que es Dios justo y poderoso. Sabiduría viene de sabor. He aquí por qué el temor, principio de la sabiduría, derrama en las profundidades del sér, un sabor múltiple que regenera toda la familia interior del alma, purifica su reino y lo pacifica y santifica." (1)

La afirmacion del gran místico es tanto más verdadera cuanto que el don de *Temor* no produce el temor servil sino el temor filial; temor respetuoso, resignado y confiado, semejante al del Hombre-Dios en el huerto de Gethsemaní.

El temor es, pues, el primer grado de nuestra ascencion hácia Dios, la primera condicion de nuestro rescate, la primera ley de nuestra regeneracion. La Iglesia que esto sabe

1. Serm, 23 in *Cantic.*

y no ignora ninguno de los secretos del orden moral, comienza siempre la salvacion de sus hijos por el temor. A sus ojos el trabajo de la regeneracion ó de la nueva creacion impuesto al hombre, se divide en tres periodos que ella llama vía purgativa, vía iluminativa y vía contemplativa, á cada una de las cuales corresponden ciertos dones del Espíritu Santo. El temor es el primer fundamento de la vía purgativa y la vía purgativa es el principio de la regeneracion.

Así, leed todos los autores ascéticos, que vienen á ser como los ingenieros de la guerra espiritual; no hallareis uno que en los planes de ataque y de defensa no proponga el temor como primer centro de operaciones. Escuchad á todos los predicadores de ejercicios espirituales y de misiones, á esos capitanes experimentados que hacen maniobrar todas las fuerzas espirituales contra los poderes enemigos de la salvacion; y vereis que no hay uno que no comience la batalla sin poner á la vanguardia las postrimerias del hombre, manantiales eternos de temor.

Intérpretes unos y otros del Espíritu Santo, no hacen más que aplicar la ley inmutable, que propone el temor como principio de la sabiduría. Por el órgano infalible del concilio de Trento, el Espíritu Santo describe la manera como él mismo obra la justificacion de los pecadores. Primeramente, se mueven por el temor de la justicia de Dios; de este temor pasan á la consideracion de la misericordia; esta consideracion los lleva á la confianza de que Dios los perdonará en vista de los méritos de su Hijo. Entonces comienzan á amarlo como fuente de toda justicia y á detestar sus pecados. (1)

Queda, pues, bien establecido, que por el don de temor

l. Sess. v, c. vi.

es como el hombre se pone en contacto con la sabiduría eterna y principia la obra de su nueva creacion. Esta creacion, obra perfecta de los siete dones del Espíritu Santo, estuvo, como todas las obras de la gracia, figurada en la creacion del mundo material. Como el primer día de la semana primitiva llama al segundo, el segundo al tercero y así hasta el último; del mismo modo, el primer don del Espíritu Santo, puesto en práctica, conduce al segundo y este á todos los demás hasta llegar al séptimo que es la sabiduría y constituye el descanso perfecto. Llegado el hombre á este punto, puede decir como el mismo Dios, al contemplar su obra: Vió todo lo que habia hecho, y era muy bueno. (1) Como ya hemos explicado en otra parte el curso de este admirable trabajo, no volveremos á hablar de él.

3º Efectos generales de los dones del Espíritu Santo sobre el género humano. Los dones del Espíritu Santo hacen de Nuestro Señor Jesucristo un *Dios-Hombre* y del cristiano un *Hombre-Dios*. La primera cosa que los apóstoles, órganos del Espíritu Santo, predicán á los representantes del género humano, reunidos en la plaza del Cenáculo, es la penitencia: *Penitentiam agite*. Pues bien, la penitencia es inseparable del don de temor. Por este don, la humanidad unida al Verbo encarnado no tarda en recibir de su plenitud, de la plenitud de su piedad, de la plenitud de su ciencia, de la plenitud de su fortaleza, de la plenitud de su consejo, de la plenitud de su entendimiento, de la plenitud de su sabiduría. Nosotros recibimos de ella según la capacidad de nuestras almas y la medida de nuestra fide-

1. A timora usque ad sapientiam quæ septima est in donis et ultima, per gradus tenditur et pervenitur. Hæc sapientia ultima et summa est; quia hæc habita animus placatus tranquillisque perfuitur et delectatur in ea. Ergo ultima est, in qua est consummatio. *S. Aug., De doctr. christ., c. vii.*

lidad. En él está el manantial, en nosotros el arroyuelo; en él está el foco, en nosotros la chispa; en él está el Espíritu de los siete dones en toda su abundancia; en nosotros una parte de esta abundancia. He aquí por qué, advierte San Crisóstomo, no dijo el profeta: *Doy mi Espíritu*, sino: *Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne*. (1)

Empero, ¿ved lo que produce en el mundo esta gota de gracia, esta chispa del Espíritu Santo! “Toda la tierra recibe su influencia y experimenta conmoción. Caido en un principio en la Palestina, gana el Egipto, la Fenicia, la Siria, la Cilicia, el Eufrates, la Mesopotamia, la Capadocia, la Galacia, la Escitia, la Tracia, la Grecia, la Galia, la Italia, toda la Libia, la Europa, el Asia y hasta el mismo Océano. ¿Qué necesidad hay de más largo discurso? Tanta tierra como el sol alumbra, otra tanta recorre esta gracia, y esta gracia y esta chispa del Espíritu Santo llenan de ciencia el mundo. Por ella se realizan los milagros y los pecados son perdonados.

Sin embargo, esta gracia extendida á tantas regiones no es más que una parte y una prenda del don por excelencia. *Ha depositado en nuestros corazones*, dice el Apóstol, *la prenda del Espíritu*, es decir, de su operación, por que el Espíritu no se divide.

“¿Y qué diremos del manantial? *A uno es dado por el Espíritu el discurso de sabiduría; á otro el discurso de ciencia por el mismo Espíritu; á otro fe, á otro gracia de sanidades; á otro el don de milagros por el mismo Espíritu; á otro profecía; á otro discreción de espíritus; á otro el don de lenguas*. La gracia que se recibe en el bautismo extiende todos estos dones á todas las naciones. Ved lo que hace una gota del Espíritu Santo. Que esto lo hace solamente una

1. Propterea non dixit, do Spiritum, sed effundoam de Spiritu meo super omnem carnem. *Exposit.*, in Ps. 44, n. 2.

gota, el profeta lo declara diciendo: *Yo derramaré de mi Espíritu*. Ved, pues, cuán grande es la poderosa fecundidad de la gracia del Espíritu Santo, que, despues de tan largo tiempo, basta para el mundo entero, y que, no conociendo fronteras ni disminucion, colme al género humano de inefables riquezas, sin empobrecerse ella en lo más mínimo (1).”

Antes que el ilustre patriarca de Constantinopla, habia celebrado el gran Tertuliano la rápida deificación del género humano por el Espíritu de los siete dones. Este milagro era para él una prueba irrefutable de la divinidad del Verbo hecho carne, de quien el mundo habia recibido el Espíritu regenerador. “Los apóstoles, dice en su magnífico lenguaje, fueron las bocinas del Espíritu Santo, y sus palabras resonaron en todos los ámbitos del universo. ¿A quién si no han creído las naciones del globo? A Cristo y solo á Cristo. Ante El se abren todas las ciudades, ante El se rompen todas las cerraduras y las puertas de bronce giran sobre sus goznes para darle entrada. Sin duda que estos milagros pertenecen al orden moral y necesario es entenderlos en el sentido de que los corazones de los habitantes de la tierra, asediados, cerrados, poseidos por el demonio, quedaron libres y abiertos por la fe de Cristo. A pesar de esto, son muy reales esos milagros; puesto que el pueblo cristiano habita hoy en todos los lugares. Ahora bien, ¿quién puede extender su reino al universo entero, si no es Cristo Hijo de Dios, anunciando como el que debia reinar eternamente sobre todas las naciones?

1. Haec autem omnia facit stilla Spiritus... Considera ergo quam sit omni ex parte sufficiens gratia Spiritus, quae universo orbi terrarum tanto tempore sufficit, et neque circumscibitur, nec consumitur, sed omne quidem implet opibus ut gratia: ipsa vere minime consumitur. *Chrysost.*, ubi, supra.

“Reinó Salomon, pero en las fronteras de la Judea, desde Adan hasta Bersabé. Reinó Darío sobre los Babilonios y los Persas; pero no más allá. Reinó Faraon sobre los Egipcios; pero sobre ellos solamente. Reinó Nabucodonosor desde la India hasta la Etiopía; pero un poco más lejos su imperio era desconocido. Reinó Alejandro el Macedonio; pero sobre una parte del Asia solamente. ¿Qué diré de los Romanos? Estos rodearon su imperio de puestos militares, y estas barreras vivientes eran los límites de su poderío. En cuanto á Jesucristo, su reino y su nombre se extiende por todo el mundo. En todas las partes es creído; en todas las partes es adorado, en todas las partes manda, dándose á todos sin acepcion de personas, igual para todos, rey para todos, juez para todos y Dios y Señor para todos. Cree todo esto sin dudar, puesto que lo ves con tus mismos ojos (1).”

Admirado de este mismo espectáculo, exclama San Gregorio: “El Espíritu invisible se ha hecho visible en sus servidores. Sus milagros prueban su presencia. Nadie puede ver el disco deslumbrador del sol, cuando comienza á salir; mas podemos ver la cima de las montañas que dora con sus rayos y sabemos que está sobre el horizonte. Puesto que no podemos contemplar en sí mismo el sol de justicia, vemos las montañas que él hace resplandecer con su luz, los apóstoles santos cuyas virtudes y milagros anuncian á toda la tierra la salida del sol divino. Si es invisible en sí mismo, vemos las montañas que alumbrá. La virtud

1. *Cristi autem regnum et nomen ubique porrigitur, ubique creditur, ab omnibus gentibus supra enumeratis colitur, ubique regnat ubique adoratur, omnibus ubique tribuitur aequaliter. . . omnibus aequalis, omnibus rex, omnibus iudex, omnibus Deus et Dominus. Nec dubites credere quod asseveras, cum videamus fieri Lib. adv. Judaeos., c. VII.*

de la Divinidad en sí misma, es el sol del cielo; la virtud de la Divinidad en los hombres, es el sol de la tierra, ya que que no podemos contemplarlo en el cielo (1).”

El género humano sacado de la barbárie pagana y colocado en la plena luz del Evangelio; tales son los efectos generales de los dones del Espíritu Santo. Digámoslo de paso; ante este hecho siempre antiguo y siempre nuevo, ¿qué son las objeciones de la incredulidad contra el cristianismo? Lo que son los razonamientos de un ciego de nacimiento contra la existencia del sol, lo que las palabras del insensato contra la evidencia de los axiomas de la geometría. ¿Cómo se ha realizado este gran hecho en la humanidad? Del mismo modo que se realiza en cada uno de los hombres. Comenzó por el don de temor, el cual ha ido llamando á todos los demás.

¿Qué es lo que predica Juan Bautista, el precursor de la luz? El temor. “Haced frutos dignos de penitencia. . . Porque ya está puesta la segur á la raíz de los árboles. Pues todo árbol, que no hace buen fruto, cortado será y echado al fuego (2).” Y Pedro, primer intérprete del Redentor ante los Judíos: “Arrepentíos, y cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesucristo para remision de vuestros pecados; y recibireis el don del Espíritu Santo (3).” Y Pablo su apóstol ante los gentiles: “Y Dios anuncia ahora á los hombres, que todos en todo lugar hagan penitencia (4).” Así, por doquiera se ven en primera línea

1. *Virtus enim Divinitatis in se, quasi sol in coelo est; virtus Divinitatis in omnibus, sol in terra. Solem ergo justitiae intueamur in terra, quem videre non possumus in coelo. Homil. xxx in Evang.*

2. *Luc. III, 8.*

3. *Act., II, 38.*

4. *Act., XVII, 30.*

el don de temor. Es el temor principio de la sabiduría: tal es la ley inmutable de la redención.

Por el contrario, la pérdida del temor es el principio de la ruina. ¿Cómo sacude el mundo cristiano el yugo del cristianismo? ¿Cómo llega hasta el grado de aberración de negar la evidencia de los hechos evangélicos? Perdiendo los dones del Espíritu Santo. ¿Con qué orden los pierde? Con el mismo que los recibe. El primero que pierde, como el primero que recibe, es el temor.

¿Qué pensar de una época que no tiene ya temor de Dios? Como quiera que los dones del Espíritu Santo son inseparables, una época que pierde el temor de Dios es una época que pierde la sabiduría, que pierde el consejo, que pierde la fortaleza de la virtud. Es una época que se halla entregada á los siete espíritus contrarios, al espíritu de soberbia, al espíritu de avaricia, al espíritu de lujuria, al espíritu de iniquidad, bajo todos los nombres y en todas las formas. ¿A dónde va? ¿Cómo no asombrarse de lo que vemos? ¿Cómo no presentir lo que veremos? Si el temor es el principio de la sabiduría, la ausencia del temor será el principio de la locura. En este caso, la locura es el preludio del crimen sin remordimientos para los individuos, y de catástrofes sin nombre para los pueblos. Si, pues, el mundo no quiere perecer, vuelva al temor; esta es la primera condición de su felicidad (1).

1. Timeat Dominum omnis terra... Beatus vir qui timet Dominum. Ps. 32 et 111.

CAPITULO XXVII.

EL DON DE TEMOR.

SUMARIO.—Los siete dones del Espíritu Santo opuestos á los siete pecados capitales.—Luminoso punto de vista.—Lo que es el don de temor.—Sus efectos; respeto á Dios, horror al pecado.—Su necesidad: el nos da la libertad librándonos del temor servil.—Del temor mundano.—Del temor carnal.—Nos arma contra el espíritu de soberbia.—Qué sea la soberbia y lo que produce.

Cuando Isaías da á conocer á la tierra los dones del Espíritu Santo, no los llama *Dones* sino *Espíritus*. Santo Tomás nos ha manifestado la completa exactitud de este lenguaje, al demostrar que los dones del Espíritu Santo son como el soplo perenne del Espíritu septiforme, que pone en movimiento todas las virtudes y todas las potencias del alma. Uno de los últimos representantes de la gran teología de la edad media, San Antonino, conserva la misma denominación. “Los siete dones del Espíritu Santo, dice este ilustre doctor, son los siete Espíritus enviados por toda la tierra contra los siete espíritus malos de que nos habla el Evangelio. El Espíritu de temor echa fuera al Espíritu de soberbia. El Espíritu de piedad arroja al Espíritu de envidia. El Espíritu de ciencia rechaza al Espíritu de ira. El Espíritu de consejo hace huir el Espíritu de avaricia. El Espíritu de fortaleza repele al Espíritu de pereza. El Espíritu de inteligencia va contra el Espíritu de gula. El Espíritu de sabiduría enfrena al Espíritu de lujuria (1).”

1. Haec dona sunt septem Spiritus missi in omnem terram